

LIBRO TERCERO

EL RENACIMIENTO Y LA REFÓRMA

CAPÍTULO PRIMERO

Maquiavelo.

Oposición entre la política de Maquiavelo y la de la Edad Media.—Apología de Maquiavelo por J. J. Rousseau. Refutación de esta apología. De las relaciones de Maquiavelo con los Médicis, con César Borgia. Comparación de *El Príncipe* y los *Discursos sobre Tito Livio* bajo la consideración de la moralidad de sus máximas.—Si los consejos de Maquiavelo no se dirigen sino á los nuevos príncipes. Del terrorismo en Maquiavelo.—Política propiamente dicha. Sus ideas especulativas sobre el gobierno.—Comparación de los gobiernos populares y de los gobiernos de los príncipes.—Doctrina política de *El Príncipe*: teorías de la tiranía. Del pretendido liberalismo de Maquiavelo.—Del patriotismo de Maquiavelo. Apreciación de Maquiavelo.

Antes de entrar decididamente en los problemas de la política moderna, fué necesario acabar con la política de la Edad Media, y esto fué la obra de Maquiavelo; su doctrina fué el primer efecto producido por la aplicación del libre examen á las materias políticas. La caída del sistema que sometió la política á la religión y la puso á su servicio debía ser señal de la aparición de otro sistema nuevo que libertase á la política del predominio de toda religión y toda moral. En la Edad Media, la religión no se apartó de la moral, y en nombre de la moral era como la autoridad religiosa reclamaba la supremacía política. Vencida la Iglesia en esta lucha, debía en los primeros momentos llevar consigo la moral. La política quedó sola, reducida á sus propios prin-

cipios, no fué más que la ciencia de vencer y de dominar por la fuerza ó por la astucia; desembarazada de un yugo importuno aparece libre de todo freno. Tal fué la política del siglo xv, de la cual Maquiavelo nos ha dado la teoría (1).

En las doctrinas religiosas de Maquiavelo es donde hay que buscar las razones fundamentales de sus doctrinas morales; ellas nos harán comprender á que gran distancia nos hallamos del espíritu de la Edad Media, en el período que ahora estudiamos.

La religión, que lo era todo en dicha Edad, que era el fin supremo del Estado y de la cual provenían todas las instituciones como de su fuente natural, no es para Maquiavelo más que un medio político útil para el engrandecimiento y la conservación del Estado. Así dice que no hay signo más seguro de la próxima ruina de un Estado, que el desprecio del culto divino. Pero ¿por qué razón? Por ésta: «Que un pueblo religioso es más fácil de gobernar». La religión es una máquina que, respecto al pueblo, suple por la razón que á éste le falta. Cuando la utilidad de una ley no es evidente para el espíritu, el hombre hábil recurre á Dios (2).

Cuanto á la verdad intrínseca de estas cosas, Maquiavelo se explica medianamente, y quiere que se acoja todo lo que favorece á la religión «aun en seguida de habersé reconocido su falsedad» (3). La religión no es, pues, más que un instrumento de gobierno, *instrumentum regni*.

¿Se dirá que al hablar así el político florentino se refería

(1) La aparición del maquiavelismo en política, corresponde en filosofía al renacimiento del naturalismo y del materialismo, más ó menos disimulados, en la escuela de Padua.—Esta correlación ha sido indicada por Campanella.—(*De gentilismo non retinendo*, París 1693, en 12.º pág. 56): «Ex aristotelium postea ortus est machiavelismus». El aristotelismo de que aquí habla Campanella es el de Pomponace y el de Cesálpin. Véase, *Essai sur Alexandre d'Afrodise*, por Nourrisson, pág. 136.

(2) *Discurso sobre Tito Livio*, l. I. c. XII.

(3) *Idem*, l. I, c. XII, como el giudicassino false.

al paganismo? Pues bien sencillo es de ver que el cristianismo no le es simpático y lo juzga con un espíritu totalmente pagano. «Nuestra religión, dice, pone la felicidad suprema en la humildad, la abyección y el desprecio de las cosas humanas; la otra, por el contrario, hace consistir la soberanía bien en la grandeza de alma, la fuerza del cuerpo y todas las cualidades que hacen al hombre fuerte... Porque los principios cristianos hacen al hombre más débil, le disponen á ser más fácilmente el blanco de los malvados. Éstos han visto que pueden tiranizar sin temor á los hombres que á fin de merecer el paraíso están más dispuestos á soportar las injurias que á vengarlas» (1). Este pasaje y otros aún más expresivos prueban que Maquiavelo no tenía á la fe cristiana sino como un hilo muy endeble, y que juzgaba como hombre de su tiempo y por añadidura político y á mayor abundamiento, italiano.

No le preguntéis qué opina sobre la gran cuestión de la Edad Media: la lucha entre el pontificado y el imperio. Maquiavelo nada dice de ésto; ¡tan lejos se halla ya esta cuestión de la política práctica! Si trata del poder del Papado, y en general de los Estados eclesiásticos, es como de un género particular de soberanía que no se distingue de otras especies de principados, sino en que es más fácil en ésta gobernar á los súbditos, porque á la autoridad del sacerdote va unida la de monarca (2). Aunque Maquiavelo dice á veces con cierta ironía «que estos Estados se hallan gobernados por medios sobrehumanos», explica, sin embargo, los medios muy humanos de que se han valido los papas contemporáneos suyos, «alguno de los cuales, dice refiriéndose á Alejandro VI; ha mostrado bien, cuánto se puede hacer con hombres y dinero». He aquí que no halla nueva ocasión de hablar del papado; pero hay que confesar que rebajándole del rango en que le habían colocado los grandes pa-

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, l. II, c. II.

(2) *El Príncipe*, c. XI.

pas y teólogos de la Edad Media; y considerando al pontífice como uno de tantos príncipes mundanos atentos, más que todo, á su engrandecimiento personal, y no buscándole ya en el imperio del mundo, sino en la conquista de algunas partes de territorio, Maquiavelo repite la historia de aquellos tiempos en que la silla de San Pedro y Gregorio VII estuvo ocupada por Alejandro VI y Julio II.

Estudiando las doctrinas de Maquiavelo por el lado que ponen más de manifiesto su oposición con las de la Edad Media, se nos hace más fácil de apreciar su filosofía moral y política. Hace tres siglos que está el proceso abierto sobre tal doctrina; y á la sazón la instrucción parece terminada y no resta sino dar las conclusiones.

Se puede afirmar que las opiniones de la crítica relativa á Maquiavelo han atravesado dos períodos. En el primero, no han tenido por jueces sino sectarios y enemigos. Aquellos reproducen groseramente y defienden sin reparo las más equívocas y más rehusables del político florentino, los otros le tratan como un exaltado sin genio ni talento. Este período no es, propiamente hablando, el de la crítica, sino el de la guerra. En él no se juzga á Maquiavelo, sino que se le ataca ó se le defiende. La imparcialidad no se halla ni de un lado ni del otro. Con frecuencia los que le atacan no le conocen y los que le defienden no le comprenden.

Después halló Maquiavelo justificadores más hábiles y jueces menos prevenidos. Los primeros no se creyeron en la necesidad de hacer suyas las máximas del florentino, pero les buscaron explicación. Diéronse varias interpretaciones. Se tuvo vergüenza de tomarle al pie de la letra y de no haber adivinado el verdadero sentido de ideas que él disimulaba. Se le rindió, aun por gentes honradas, un favor á que no estuvo acostumbrado. No faltaron, sin embargo, escritores incorruptibles (1), que no se dejaron influir por tales prestigios, y en los cuales escritores la conciencia protesta sin

(1) M. Daunou, *Journal des Savants*.

vacilar de los principios maquiavélicos y hacen firmemente la guerra á semejante política, sin desconocer ni negar el genio de su autor ni dejar de señalar las bellezas de sus obras.

El primer escritor, si no estoy equivocado, que ha tenido la idea de justificar á Maquiavelo, prestándole una segunda intención totalmente contraria á la que se le suponía, ha sido Alberico Gentilis, jurisconsulto del siglo xvii, anterior á Grocio. He aquí la frase que, á tal propósito dicha, se le atribuye á este autor: «su objeto no es *tyrannum instruere, sed arcanis ejus palam factis, ipsum miseris populis nudum et conspicuum exhibere* (1). Este pensamiento hizo alguna fortuna. Pero lo que le da la mayor popularidad es el voto de J. J. Rousseau, que le tomó en cierto modo por su cuenta y le incluyó en el *Contrato social*. «En vez de dar lecciones á los reyes, dice Rousseau, las ha dado grandes á los pueblos: *El Príncipe*, de Maquiavelo, es el libro de los republicanos». Después añade en una nota: «Maquiavelo era un hombre honrado y un buen ciudadano; pero agregado á la casa de los Médicis estaba forzado, dentro de la aprensión de su patria, á disfrazar su amor á la libertad. La elección de su execrable héroe, solamente, manifiesta bastante su intención secreta, y la oposición que hay entre las máximas de *El Príncipe* y las de sus *Discursos de Tito Livio* y su *Historia de Florencia*, demuestra que este profundo político no ha tenido hasta aquí sino críticos superficiales y corrompidos» (2). Otros escritores han supuesto á Maquiavelo diferentes propósitos que Juan Jacobo. Según unos, el amor á la patria italiana y el deseo de verla independiente bajo un poder fuerte y único, le inspiró su obra *El Príncipe*; según otros, Maquiavelo es una especie de escritor revolucionario que aconseja la dictadura por llegar al establecimiento de la igualdad y la libertad.

(1) Alb. Gentil. *De legatis*, l. III, c. ix.

(2) *Contrat. soc.* l. III, c. vi. El filósofo Fichte sostuvo las mismas apreciaciones que Rousseau respecto á Maquiavelo.

Examinemos primeramente la opinión de J. J. Rousseau, que es la más considerable por el nombre de su autor, y porque es la base de todas las demás y éstas vendrán oportunamente en el transcurso de la discusión.

La apología hecha por Rousseau se limita á estos tres puntos: 1.º El estar agregado Maquiavelo á la casa de Médicis le forzó á disfrazar su verdadero pensamiento; 2.º La elección de su héroe, César Borgia, prueba lo bastante que su intención es de todo punto contraria á la que se le ha supuesto. ¿Es posible que haya elegido sinceramente un modelo así que proponer? 3.º Las máximas de *El Príncipe* están desmentidas por las de *Discursos de Tito Livio*.

Pero ¿cuál es la naturaleza de este enlace de Maquiavelo con los Médicis de que habla Rousseau? ¿Cómo tan relacionado con los Médicis puede amar la libertad? Aquel sagaz político había servido durante catorce años en el gobierno democrático de Florencia; el retorno de los Médicis le privó de su empleo y le hizo retirarse á la vida privada. Á poco, fué por aquéllos encerrado en una prisión como sospechoso de conspirar contra ellos, y además se le sometió á la tortura. Maquiavelo procedió, sin embargo, con ellos, noble y dignamente. Pero hay que reconocer, por esta persecución misma, que no estaba ligado con los Médicis ni por alianza, ni por partido político, ni por amistad. Después de hacer tan duras pruebas y en vista de su resultado, fué cuando los Médicis se dispusieron favorablemente para con Maquiavelo, el cual, por mediación de Vettori, embajador de Florencia en Roma y amigo de él y de aquéllos, no cesó de reclamar el apoyo de los Médicis y de pedirles un empleo; renuncia á sus antiguas relaciones de partido y repugna ir á Roma para no tener que visitar á los Soderini, la familia del último *gonfalonier* de Florencia. Más tarde fué encargado por León X, que era un Médicis, de proponer una constitución para el pueblo florentino, y trazó un proyecto en que, so pretexto de hermanar la república y la monarquía,

sometía todos los poderes á los Médicis (1). Más tarde, á fuerza de suplicar é importunar á éstos, obtiene un empleo de poca importancia. Pero pronto la caída de los Médicis y el inmediato establecimiento de la república da lugar á que pierda su cargo, y á que el nuevo gobierno, para castigar su deslealtad, le deje en completo abandono.

He aquí, pues, cuales fueron las relaciones de Maquiavelo con los Médicis. Ellos le persiguieron, le prendieron, le torturaron y le menospreciaron; él los ensalzó, encareció y sirvió á expensas de sus antiguas convicciones y sus antiguos amigos. Si los lazos que le ligaban á los Médicis le forzaron á acallar su amor á la libertad, hay que confesar que él se buscó tal situación y que, además, no le era penosa.

Pero lo que arroja gran luz sobre la intención puesta en el libro *El Príncipe* por su autor, es una carta descubierta al comenzar el siglo xix y que, desgraciadamente, es de la más completa autenticidad. Dice así: «Anoté de las conversaciones de los grandes hombres de la antigüedad todo cuanto me ha parecido de alguna importancia, y así he compuesto un opúsculo: *De principatibus*. Si mis apreciaciones os han sido gratas alguna vez, ésta (obra) no os será desagradable. Ella debe, sobre todo, convenir á un príncipe, y todavía más, á un príncipe nuevo. *He aquí por qué dedico mi obra á la magnificencia de Julián... Es la necesidad en que me hallo la que me obliga á publicarle*: porque me consumo y no puedo permanecer mucho tiempo en la posición en que estoy sin que la pobreza me haga objeto de todos los desprecios. En consecuencia, yo deseo vivamente que estos señores Médicis me concedan un empleo...» (2) Todas las interpretaciones fantásticas de *El Príncipe* caen ante esta confesión. La verdad es sencillamente que Maquiavelo compuso esta obra para complacer á los Médicis y obtener de ellos algún empleo. ¿Se nos dirá que fueron la mortificación y la

(1) Disc. sobre la constitución de Florencia.

(2) Cartas á Vittori, xxvi, 10 Dic. 1513.

necesidad las que le forzaron á proceder así? Pues él mismo destruyó el valor de objeción semejante, con estas palabras que tomamos de otra carta suya en que dice: «que ha contraído el hábito de gastar y que no puede *atenerse á la economía*» (1). En fin, su correspondencia nos le muestra repartiendo su tiempo entre la literatura, la política y los placeres disolutos. Todo allí se esclarece de una manera aplastante para el autor de *El Príncipe*. Amó el placer, tuvo necesidad de dinero, aduló á los señores; sacrificóles sus amistades y sus opiniones y, en fin, escribió para complacerlos el manual de la tiranía.

Respecto á la elección de sus héroes ¿se puede afirmar que no quiso proponer por modelo á César Borgia? Sostenerse en tal duda es desconocer lo que fueron los siglos xv y xvi. Veamos cuáles fueron las relaciones entre Maquiavelo y Borgia, y consideremos cómo le juzga luego en *El Príncipe*. Maquiavelo tuvo muchas ocasiones de ver á Borgia y hasta desempeñó una misión cerca de él (2); y fué testigo de la matanza de Sinigaglia, donde, con una perfidia sin igual, el duque de Valentinois atrajo á su castillo á todos sus enemigos para proponerles una transacción, y les hizo perecer en la tortura. Tenemos la relación de este acontecimiento escrita por Maquiavelo sobre la escena misma en que tuvo lugar y dirigida á la señoría de Florencia. En esta relación de un acontecimiento tan feroz, el político florentino ni tiene una palabra de indignación, ni de horror, y con frecuencia invita á la república á que, á ejemplo de Borgia, se libre de todos sus enemigos. Se ha hecho observar, con razón, que aquí se trata de un despacho diplomático y que un despacho de tal índole es cauto y que además podía haber sido sorprendido y reservado por los héroes de esta tragedia. Pero nada induce á suponer que hubiera Maquiavelo manifestado pensar de otro modo si hubiera sido más libre. Durante

(1) Cartas á Vittori, XXXVIII.

(2) Misión cerca del duque de Valentinois, cart. XLIII y XLIV.

todo el tiempo de su legación no manifestó nunca ni la más pequeña repulsión hacia el duque de Valentinois. Si Maquiavelo ha podido aproximarse á César Borgia, frecuentar su intimidad, seguir su política sin manifestarle jamás aversión alguna, ¿cómo se puede sostener que la elección de aquél para modelo que recomendar encierre una secreta intención? ¿No parece que todo indica que le eligió precisamente por haberle experimentado, visto de cerca y admirado? En fin, todas las dudas se desvanecen ante este irrecusable testimonio del mismo Maquiavelo: «El duque de Valentinois, dice aquél, *cuyo ejemplo citaré siempre cuando de un príncipe nuevo se trate*» (1).

Queda que dilucidar el tercer punto, mucho más importante que los otros dos, puesto que corresponde á los principios fundamentales de la política de *El Príncipe* y de los *Discursos de Tito Livio*. Veamos si es cierta la pretendida oposición entre las máximas establecidas por Maquiavelo en estas dos obras, pero hay que hacer aquí una distinción.

Distinguimos en las doctrinas de Maquiavelo dos cosas: su moral y su política. Tal vez su moral consista en no tener ninguna; pero esto mismo difiere de su política ó de la preferencia, secreta ó pública, que da á tal ó cual sistema de gobierno. Así desde el momento en que se establece ó reconoce que entre *El Príncipe* y los *Discursos sobre Tito Livio* hay una política opuesta y que contradicción semejante se explica ya por una especie de patriótica hipocresía, ya por cualquiera otra apología, se está en el caso de probar que estos dos libros, que entre sí contienen políticas diferentes, no afirman una moral idéntica. En efecto, el maquiavelismo, es decir, la doctrina de la razón de Estado, no es peculiar de esta ó aquella forma de gobierno: aunque conviene maravillosamente á la tiranía, se puede acomodar también á las democracias y á las oligarquías. La república de Venecia no practicó menos el maquiavelismo

(1) Cart. XI.

que los Sforzas en Milán y los Borgias en Roma, y vamos á verle inspirando á los demócratas, lo mismo que á los tiranos.

Veamos primeramente las doctrinas de *El Príncipe*. Allí el autor nos dice que su propósito es dar á conocer la verdad tal y como ella es, y no tal como se la quiera imaginar. «Algunos publicistas han descrito repúblicas y gobiernos á los cuales no se les ha visto nunca y que sin duda no han existido jamás. Hay tan gran diferencia entre el modo que tienen los hombres de vivir y aquél como sería justo que viviesen, que el que abandona *lo que se hace por lo que se debiera hacer* corre hacia una segura ruina. Aquél que quiere ser un hombre *perfectamente bueno*, se halla, de seguro, en peligro, en medio de aquéllos que no lo son. Es necesario que el príncipe aprenda á no ser siempre bueno, á fin de que aplique ó no, según le convenga en atención á las circunstancias, estas máximas (1).

Este pasaje contiene toda la filosofía de Maquiavelo, la cual no es profunda, reposando sobre un hecho vulgar y grosero. No se necesita ser muy filósofo para convertir en teorías las propias pasiones y los propios intereses. La conciencia dice que hay una distinción entre lo justo y lo injusto, pero las pasiones se oponen á los efectos de tal distinción ¿Qué han de hacer, pues, los que así proceden? Piensan de una manera y obran de otra; confiesan que no obran como piensan y dicen que serían burlados por los demás hombres si procediesen de distinta manera que ellos. De este modo la maldad de los unos sirve de pretexto á la debilidad de los otros. Todos los medios son buenos con tal que se llegue al fin. Tal es la filosofía práctica del vulgo; transportarla á la política y tendréis el maquiavelismo.

Es muy extraño que nadie se dé mal rato para interpretar y purificar las doctrinas maquiavélicas, en vez de presentarlas como son y lo que son: la teoría de que en política

(1) *El Príncipe*, c. xv.

los medios son indiferentes. Esta doctrina vulgarísima y de todos los tiempos tuvo, en un momento dado, su teorizante, que le dió su nombre: Maquiavelo. La voz popular tiene casi siempre razón; es verdad que no distingue de matices, no; esto es propio de la crítica; pero pronuncia fallos acertados sobre el fondo de las cosas. Maquiavelo ha sido juzgado por el pueblo y el fallo de éste no puede ser recusado por aquél que ha escrito que el pueblo puede muy bien equivocarse en los asuntos generales, pero que no se equivoca jamás en las cosas particulares.

Se ha dicho que el político florentino jamás ha expuesto sus máximas sin acompañarlas de una cierta desaprobación que pone á cubierto su personal moralidad, y tal afirmación es errónea. Estas reservas no son sino concesiones sin importancia hechas á la opinión del vulgo, y de las cuales los lectores que saben lo que leen, hacen el uso que les corresponde. Además, si tales reservas y restricciones fuesen sinceras en él ¿qué probarían? Que Maquiavelo reconocía una moral, pero que la sacrificaba al interés político. Pues este es precisamente el reproche que se le ha hecho á su doctrina, tanto más corrompida cuanto más á sabiendas se hizo, como lo prueba este pasaje: «*Sin duda será una dicha, sobre todo para un príncipe, reunir todas las buenas cualidades; pero, como nuestra naturaleza no tiene tan gran perfección, se necesita mucha prudencia para poder preservarla de los vicios que podrían perderla, y respecto á los que no pueden comprometer su seguridad debe garantizarse, si esto le es posible, pero si esto se halla fuera del alcance de sus fuerzas, menos puede atormentarse por ello. No debe temer incurrir en vituperio por los vicios que le sean útiles al mantenimiento de sus Estados, porque bien considerado, cualidad que parecía buena y laudable le perderá inevitablemente, y tal otra que parecía mala y viciosa hará su bienestar y su seguridad*» (1).

(1) *El Príncipe*, c. XV.

Puede parecer inútil demostrar, mediante cita de textos, que hay en las obras de Maquiavelo máximas inmorales, y sin embargo los desacuerdos de la crítica han hecho necesario este trabajo. Nos hemos ido poco á poco acostumbrando á buscar una elevada interpretación de Maquiavelo, ya en la filosofía, ya en la historia, ya en la política, y así hemos llegado á suponer que su inmoralidad es un accidente cuya imperfección debe serle imputada á su tiempo, que no á él. Mr. Maculay declara «que halla en Maquiavelo manchas que disminuyen mucho el placer que, desde otros puntos de vista, producirían sus obras» (1).

Si los errores de Maquiavelo no tienen más que manchas, se hará mal en señalarlos con tanta severidad; hay errores de este género en todos los escritores, y es una crítica demasiado estrecha la que se atiende más al mal que á lo bueno. Pero lo que llama el crítico inglés manchas no es otra cosa que el sistema mismo del florentino. Eso es precisamente lo que le ha impreso un carácter peculiarísimo entre todos los escritores de política, lo que ha hecho que le dé nombre á una doctrina, lo que le hizo influir en la artificiosa política de los príncipes del siglo xvi. Confieso que no se debe sino limitar á ver esto en Maquiavelo, y que hay en sus escritos muchas cosas dignas de admiración. Pero cuando la crítica histórica se empeña en poner en la sombra el lado condenable de una doctrina, deber es de la crítica filosófica restablecer la verdad.

Corriendo como cierto que el error de Maquiavelo es más bien propio de su siglo que de él mismo, es necesario hacer resaltar tal error, tanto más peligroso cuanto que él no se apoya en la autoridad de un hombre sólo, sino en la de todo un siglo. Que el autor del maquiavelismo sea el mismo que le da nombre, ó todo su tiempo, el deber del crítico es recoger las máximas de aquél y separarlas de

(1) *Revista de Edimburgo*, Véase la información sobre Maquiavelo, en *Panteón literario*, editado por Buchon.

las complacientes interpretaciones por las cuales quedan como disfrazadas en su verdad. Después de todo, la inmoralidad de un siglo debe señalarse por los personajes principales del mismo y, entre éstos, se debe contar en primera fila á quien ha recogido tal inmoralidad y la ha formulado en máximas. Pero aun aquella justificación no es suficiente, como prueban muchos hechos. En el mismo Maquiavelo hallaréis la condenación de sus propias máximas. Cuando en la dedicatoria de *Discursos sobre Tito Livio* degrada, mediante una especie de confesión, la dedicatoria de *El Príncipe* (1). Y no se debe tratar de explicar por la grosería de aquel tiempo una acción cuya bajeza el mismo autor comprende. Es cierto que en las obras en cuestión también se hallan nobles testimonios en favor de la verdad; pero éstos serán, si se quiere, circunstancias atenuantes que prueban que todo no es maldad en Maquiavelo. Pero nosotros tenemos á nuestra vez derecho á considerarlas como circunstancias agravantes, porque prueban también que el espíritu de su siglo no fué bastante poderoso respecto á él para impedirle de conocer la verdad. Lo que más aún le condena es que parece que él mismo buscó en aquel espíritu la inspiración para escribir *El Príncipe*, y aquél le proporcionó la interpretación alambicada que se ha encontrado más tarde y dice: «que se propone escribir para un tirano y debe complacer á los tiranos á fin de hacerles caer, si le es posible, de su propio grado, en su ruina» (2). Hay que confesar que esta es una intención pasablemente maquiavélica, pero también hemos de reconocer que no es la más á propósito para justificar á su autor. Pero, verdadera ó fingida, esta tentativa de justificación prueba que Maquiavelo tuvo dudas, que las hubo en redor de él, y que pensó hasta que su tiempo imponía sacrificios exagerados á la conciencia.

(1) Compárense las dos dedicatorias.

(2) Véase Ginguené *Hist. lit. de Ital.*

¿Cuáles son los vicios que Maquiavelo aconseja como útiles al mantenimiento del Estado? Son, en principio, la crueldad y la mala fe.

Respecto al primer punto se puede afirmar sin esfuerzo, que testifica de la condición sanguinaria de César Borgia. Ya hemos visto las relaciones que con este príncipe tuvo Maquiavelo y los juicios que de él puso en sus cartas. Ni una palabra de vituperio, ni de aversión. En *El Príncipe* va más lejos: por todo lo ensalza, y atribuye á la fortuna sus éxitos desgraciados. He aquí cómo refiere la matanza de Sinigaglia de la cual fué, como sabemos, testigo y relator: *Los otros fueron demasiados confiados para meterse entre sus manos en Sinigaglia. Habiendo, pues, exterminado á los jefes*, el duque había puesto sólidos fundamentos á su poder» (1). Así se expresa en la enumeración de los medios hábiles y afortunados puestos en práctica por Borgia para elevarse. Se dirá que no hay razón para indignarse mucho por aquella matanza: que los Orsini, los Vitelli, los Oliverotti, víctimas de aquella emboscada, eran á su vez desalmados dignos de todos los suplicios. Bien lo veo, pero Borgia no era mejor, resultando así un bandido contra varios convenidos. Pero ¿qué resulta de aquí? Que la política que preconiza Maquiavelo es una política de salteadores.

Después de aquella matanza que aseguró su poder ¿qué hizo César respecto á la Romaña? Es necesario reconocer que mostró algunas aptitudes de gobernante. Limpió de malhechores, con mano fuerte, aquel país, y cuando el orden estuvo asegurado, instituyó un tribunal civil presidido por un hombre rodeado de la estimación pública. Pero aun entonces se manifiesta la ferocidad de Borgia, sin que Maquiavelo tenga para ello una palabra de censura. Para proceder con la severidad empleada en los primeros tiempos del gobierno de aquel príncipe, había éste nombrado para gobernar á un tal Ramiro de Orco, hombre cruel, pero activo, al

(1) *El Príncipe*, c. I.

cual dió Borgia la mayor amplitud para obrar; pero cuando el príncipe creyó que había llegado la hora de variar de sistema terminando los procedimientos de violencia y estableciendo otros templados y normales, hizo abrir en canal á Ramiro, y que luego se colgara y clavara su cuerpo en una estaca puntiaguda en una plaza pública, y que se colocase á su lado la misma cuchilla ensangrentada con que se había realizado la bárbara ejecución. Tal es el modo que tenía de tratar á quienes ejecutaban sus propias órdenes; y Maquiavelo cita este hecho entre los que, según él, merecen imitarse. Borgia, dueño del presente, tenía que temer mucho al porvenir. Debía conjurar los peligros que éste le ofrecía, utilizando varios medios. He aquí el primero: «*Destruye las estirpes de todos los señores depuestos por él... degüella á la mayor parte; son pocos los que se le escapan*». Después de esto, Maquiavelo añade tranquilamente. «En conjunto, tales son las acciones del duque, que *yo no habré de reprocharle nada*; y bien merece que se le proponga, como yo lo he hecho, para modelo de aquéllos que por la fortuna, las armas ó de otro modo han llegado á la soberanía... Su conducta no puede ser diferente». No obstante tan bella política, Maquiavelo se ve obligado á reconocer que su héroe ha fracasado en sus empresas. Pero no es el éxito, sino la conducta lo que admira. El juego le parece bien jugado. El ganar depende sólo del azar. «La prueba, dice el florentino, de que el fundamento era sólido, es que la Romaña le acogió y le fué fiel *durante un mes*». ¿Y es para conseguir la fidelidad de una provincia sólo durante un mes para lo que le ha podido ser permitido á un príncipe violar todas las leyes divinas y humanas? ¿Qué política es ésta que tal conducta exige de los hombres, para resultados tan despreciables y que se propone á la admiración y la imitación de los hombres de Estado?

Maquiavelo, hay que reconocerlo, no llega hasta recomendar las últimas atrocidades. Al menos tiene ciertos escrúpulos, y si todo se lo perdona á César Borgia, no proce-

de lo mismo con Agatocles. Tiene, por esto, palabras en las que se reflejan algunos sentimientos humanitarios. «No hay virtud, dice, en hacer matanzas de conciudadanos, en burlar á los amigos, en proceder de mala fe, sin piedad ni religión; todo esto puede conducir á la soberanía, pero no á la gloria... Podrá ser reputado como mejor ó peor capitán, pero su inhumanidad, su crueldad feroz, los crímenes infinitos cometidos por él *impiden que se le coloque entre los hombres grandes*» (1). Estas palabras prueban, sin duda, que Maquiavelo no renuncia á toda distinción de bien y mal; pero sirven también para condenarle porque, no obstante ellas, refiere las acciones de Agatocles *para aquéllos que quieran imitarle*. «Lo hará, dice, sin decidir *respecto á la bondad ó maldad de las acciones*». Se puede decir, pues, que en definitiva es más partidario que contrario de Agatocles, del cual hace tan fatídico retrato. «Es de admirar que Agatocles y otros como él vivan largo tiempo en paz en su patria, teniendo que defenderse de enemigos superiores, sin que jamás sus conciudadanos hayan conspirado contra ellos, mientras que otros príncipes nuevos, á causa de sus crueldades, no han podido mantenerse ni en tiempo de paz, mucho menos en los de guerra. Yo creo que esto es debido al *bueno ó mal uso que han hecho de la crueldad*. Se puede decir que está bien empleada (si es posible llamar bien á esto, que es mal), cuando no se ejerce sino una sola vez, cuando se funda en la necesidad de asegurarse en el poder y no hay otro recurso que utilizar para el bien del pueblo. Las crueldades mal ejercidas son aquéllas que siendo al principio de poca importancia crecen luego y se extienden. *Aquéllos que no emplean sino la primera pueden esperar hacérsela perdonar por Dios y los hombres, como sucedió á Agatocles*» (2). Resultando así que estos crímenes, respecto á los cuales parece que Maquiavelo trata de infundirnos horror, acaban por

(1) *El Príncipe*, c. VIII.

(2) *Idem*, íd.

ser considerados por él mismo como una crueldad bien empleada.

La segunda de las doctrinas de Maquiavelo es la falta de buena fe en los convenios. Difícilmente se puede uno hacer ó dar cabida á una idea de la comodidad y la audacia de aquélla en la cual Maquiavelo expone la teoría de la mala fe. No aparenta más que insinuarla como una excepción, pero, en realidad, la establece como un principio. Declara que es muy laudable que un príncipe sea fiel á sus compromisos, pero, añade: «Entre los hombres de nuestro tiempo que más cosas admirables han hecho, no hemos hallado ninguno que esté tocado de tal fidelidad ni tenga escrúpulos en engañar á los que confían en su lealtad». Así, la fidelidad á las promesas, á los tratados, á los compromisos políticos, es del número de las virtudes reales que se practican en los Estados que no han existido nunca. Nada, pues, hay en el mundo que no se falsee. No se triunfa sino mintiendo. «Los animales, dice Maquiavelo, de los cuales deben los príncipes revestir sus formas, son la zorra y el león. De la primera aprenderán á ser mañosos y del segundo á ser fuertes. Aquéllos que desdeñen hacer el papel de la zorra no entienden bien su oficio; en otros términos, un príncipe *debe evitar sostener las promesas que considere contrarias á sus intereses*» (1).

La razón principal, y la única que da Maquiavelo, es aquélla que ya conocemos: que los hombres son malos y que aquél que quiere ser bueno no está seguro entre ellos. «Como todos los hombres, dice, se hallan siempre dispuestos á faltar á su palabra, el príncipe no debe procurar ser más fiel á la suya». Bien se ve bajo qué aspecto Maquiavelo se representa la sociedad: *homo hominis lupus*, he aquí su divisa. El engaño mutuo, tal es, para él, la regla de la política. Ya sea que aconseje el crimen, ya sea que aconseje el

(1) *El Princ.*, c. XVIII, ne debba osservare la fede quando tale osservantia gli torni contro..

fraude, parece que tributó sus principios á la sociedad de los malechores.

La necesidad podrá ser, á lo sumo, un pretexto para el fraude. Á lo dicho, añade lo siguiente Maquiavelo, que lo hace más culpable á nuestros ojos: «No faltará nunca un pretexto para encubrir una falta de buena fe... Los hombres son tan simples y tan esclavos de las necesidades presentes, que aquél que quiera encontrar confiados les hallará siempre». Y así los hombres que se hallan siempre dispuestos á engañar, lo están asimismo para ser engañados. De esta manera ofrecen á un mismo tiempo una ocasión y un pretexto á la perfidia. Mentirosos y á la par imbéciles, dan el ejemplo del fraude y se fijan en los demás. Así la victoria es para el más agudo, para el más listo y para el que más se cuida de confiar á los otros y de preservarse á sí mismo.

Maquiavelo no olvida la autoridad de los ejemplos, tan influyentes en el ánimo del hombre. Sin duda, los hechos nada prueban contra el derecho y, sin embargo, la idea del derecho, tan vacilante en el espíritu vulgar, le hace conmovirse casi siempre cuando se presenta bajo la capa del interés público, de la salud del Estado, ó solamente bajo los auspicios de un gran personaje. No faltan á Maquiavelo ejemplos de la sociedad de su tiempo, ejemplos con que autorizar la mala fe. Pero ha cuidado de elegir aquéllos que tienen mayor autoridad en la multitud por proceder de personas elevadas, como soberanos, pontífices, príncipes, sacerdotes y magnates y, sobre todo, del más falso de los hombres, Alejandro VI. ¿No es una desgracia de Maquiavelo la de elegir á los dos hombres más felones y desaprensivos del siglo xv, César Borgia y su padre Alejandro VI?

La virtud para Maquiavelo no es sino, como la religión, un medio de gobierno. Es buena cuando es útil y debe ser arrojada en seguida que puede acarrear daño. Es una máscara que conviene conservar cuanto se pueda, pero de la

cual hay que saber desprenderse á tiempo. «Un príncipe, dice Maquiavelo, debe procurar *formarse una reputación* de bondad, de clemencia, de piedad, de fidelidad á sus compromisos y de justicia; de tener todas estas buenas cualidades, pero permaneciendo bastante señor de sí mismo *para emplear las contrarias* cuando sea conveniente. Creo, en efecto, que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede ejercer impunemente todas las virtudes, porque *el interés de su conservación le obliga á burlar con frecuencia las leyes humanas, las de la caridad y las religiosas...* Se ve pronto aquello que un hombre parece ser, pero no lo que sea en realidad... La cuestión es mantener la propia autoridad: los medios serán siempre juzgados honorables y loables, porque el vulgo se paga de las apariencias y *no juzga sino por los acontecimientos*» (1).

Esta es la moral de *El Príncipe*. ¿Es completamente contraria á la de *Discursos de Tito Livio*? (2). Si hay contradicción absoluta entre estas dos obras, se podrá en rigor conjeturar que la más condenable es una pura ficción ó

(1) *Princ.*, c. XVIII. Operare contro alla humanità, contro alla carità, contro alla religione..... I mezzi soranno sempre giudicati honoravoli.

(2) Cuanto á la *Historia de Florencia*, de Maquiavelo, deja exactamente la misma impresión moral que *El Príncipe*. He aquí lo que de esto dice Tocqueville: «El Maquiavelo de la *Historia de Florencia* es para mí el mismo que aparece en *El Príncipe*, no creo que la lectura de la primera obra dé lugar á dudas respecto al objeto del autor escribiendo la segunda. Maquiavelo, en su *Historia*, ensalza algunas veces las grandes y bellas acciones, pero se ve que esto es entre los asuntos de imaginación. El fondo de su pensamiento es que todas las acciones son indiferentes en sí mismas, y que es necesario juzgarlas todas por la habilidad manifiesta en el éxito que obtengan. Para él es el mundo un gran circo del cual Dios está ausente y la conciencia no tiene que hacer y donde cada uno conduce los negocios como á él le convenga». (Tocqueville *Correspondencia*, carta á Luis de Kergorlay, 5 de Agosto de 1831).

que la intención de ella no ha sido comprendida; pero si se hallan en una y otra las mismas máximas no queda ningún pretexto para suponerle á Maquiavelo una segunda intención.

Véase, desde luego, en *Discursos sobre Tito Livio*, el principio mismo del maquiavelismo; es decir, el fin justifica los medios. Se trata de la muerte de Remo á manos de Rómulo. «Parecerá, dice, que los ciudadanos pueden juzgar de la conducta de sus príncipes que por ambición ó deseos de mandar se deshacen de sus rivales. Será fundada opinión semejante si no *se considera el fin* que se propuso Rómulo por este homicidio... Un espíritu prudente no condenará á un hombre superior *por haber usado un medio fuera de lo común con el objeto importante* de regular una monarquía ó de fundar una república. *Si el hecho le acusa, el fin debe excusarle. Un buen resultado excusa siempre el hecho*; este es el caso de Rómulo. *La violencia no es condenable sino cuando se la emplea para hacer mal y no para hacer bien*» (1). Después de sentar este principio Maquiavelo aprueba la muerte de Remo por mano de Rómulo, y presenta como un modelo á Cleómenes, rey de Esparta, del cual dice: «Conociendo á los hombres por la naturaleza de su ambición, juzga imposible poder ser útil á todos teniendo que combatir el interés de algunos; y *también habiéndosele presentado una ocasión propicia hizo matar á los éforos y á cuantos pudieran oponerse á sus proyectos*, y restableció enteramente las leyes de Licurgo» (2). Es verdad que en estos ejemplos se trata de un fin más alto que el poder de un hombre: aquí la fundación de una monarquía y allá la reforma de las costumbres y el restablecimiento de la ley en una república. Pero los medios son siempre los mismos: el hierro y la traición.

Esto es, sin embargo, sin hallar ninguna protesta en la

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, l. I, c. IX.

(2) *Id.*, id.

conciencia de Maquiavelo, que aprueba tales crímenes por considerarlos como necesarios en política. Tiene á veces algunos acentos honrados semejantes á los que ya hemos notado en *El Príncipe*. Veámoslo: «Tales medios, dice, son, sin duda, crueles y destructores, no solamente de las costumbres del cristianismo, sino de la humanidad. Todo hombre debe huir de usarlos y preferir una condición privada á la de rey á expensas de la destrucción de tantos hombres» (1). Estas son nobles palabras, acaso las únicas que encierran un grito de sinceridad y humanidad escapado del pecho de Maquiavelo; pero esta emoción no dura mucho en su ánimo. En seguida añade: «Sin embargo, si alguno hubiera que no pudiese conservar el poder por ningún medio, y que no quisiera perderlo, no podrá elegir una manera mejor de proceder, es necesario que adopte aquélla». De modo que reconoce que tales medios son detestables, pero no deja de aconsejarlos, como haría un médico que condenando el envenenamiento enseñara, no obstante, el modo de emplear los venenos á quienes quisieran servirse de ellos.

Lo que pone más de relieve la manera de sentir del político de Florencia es el desprecio que manifiesta por quienes no saben ser ni buenos del todo ni del todo malos. Según él, la grandeza del crimen oculta su vergüenza. Nada más curioso que el juicio que emite sobre un cierto Baglioni, tirano de Perusa, que habiendo tenido una vez en sus manos á Julio II, no tuvo valor bastante para matarle. *Las gentes discretas* del séquito del papa no comprendían cómo (aquél) había dejado escapar la más bella ocasión de *adquirir una reputación eterna, de oprimir á su enemigo en un instante y de apoderarse de la más rica presa...* De donde se deduce que los hombres ni saben ser completamente buenos, ni *criminales con grandeza...* No se atrevió á aprovechar una ocasión que se le presentó para ejecutar

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, I, I, c. XVI.

una empresa en la que todos hubiesen admirado su valor y *le hubiera inmortalizado*... Habría cometido un crimen del cual *la grandeza hubiera cubierto la infamia* y le hubiese puesto fuera de los riesgos que pudieran haber resultado (1).

El segundo artículo del código de Maquiavelo, en el libro *El Príncipe*, es la mala fe. La misma doctrina se halla en *Discursos sobre Tito Livio*, en el cual establece: 1.º Que la necesidad de la mala fe es un principio. «Jenofonte, dice allí el autor, enseña en la vida de Ciro la necesidad de engañar para elevarse... No hay en esto, concluye, otra cosa, sino que, un príncipe que quiere prepararse para hacer grandes cosas, debe aprender el arte de engañar» (2). 2.º Se necesita de la mala fe para los pueblos. «Los romanos usaron de ella al comienzo del imperio. *Ella es necesaria siempre á quienes aspiran á elevarse al más alto poder y es menos vituperable cuanto más disimulada sea*, como fué la de los romanos» (3). 3.º Necesidad de la mala fe para con los enemigos del príncipe. «Que aquéllos que se hallen descontentos del príncipe procuren á todo evento ganarse su amistad. Esta intimidad os asegura la tranquilidad, *como os proporciona las ocasiones más favorables de satisfacer vuestros resentimientos*» (4).

Estas son ya pruebas suficientes para establecer que la moral de los *Discursos* es la misma que campea en *El Príncipe*, que la perfidia es siempre el alma de esta política, y que el verdadero inventor del maquiavelismo, al menos en teoría, fué el mismo Maquiavelo.

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, l. I... c. XXVII. Cui grandezza avesse superato ogni infamia.

(2) *Idem*, l. II, c. XIII. Un principe che voglia fare grancose á necessario imperare á ingannare.

(3) *Idem*, *id.* La quale è meno vituperabile, quanto è più coperta.

(4) L. III, c. II.

Se ha dicho (1) que la política del secretario de los Médicis ha sido mal comprendida; que estos procedimientos de perfidia, crueldad y deslealtad, no los aconseja sino para un caso excepcional: el establecimiento de una nueva dominación, y que es, en efecto, una necesidad para un príncipe recientemente establecido valerse, para asegurarse en el poder, de procedimientos diferentes que si recibiera éste por herencia. Pero es injusto, se añade, ver una doctrina general que justifica absolutamente y en todas circunstancias la mentira y la perfidia. De modo que lo que consideramos en Maquiavelo como doctrina absoluta no es, según los que de aquel modo se expresan, sino un caso particular de la casuística absoluta.

He aquí ahora qué razones se han hecho valer en favor de esta opinión: es, sobre todo en *El Príncipe*, donde se halla la exposición de los principios maquiavélicos. Pues bien, esta obra, no hay que olvidarlo, no trata sino de los principados nuevos y no de los hereditarios; y el mismo autor hace allí esta distinción que parece quieren prestarle sus defensores (2): «*Le basta, dice, á un príncipe hereditario, no traspasar el orden y las medidas establecidas por sus predecesores y ceder en proporción á los acontecimientos... El príncipe natural, teniendo menos ocasión y necesidad de vejar á sus súbditos, debe ser más amado: pues si vicios extraordinarios no le hacen odioso, es natural que aquéllos sientan inclinación hacia él*». Los consejos que luego da Maquiavelo parece que no se refieren ya sino á los príncipes nuevos, que tienen más dificultades que los hereditarios para mantenerse en sus Estados y han de recurrir necesariamente, para ello, á medios extraordinarios. Cuando habla de los medios extremos añade: «*Pero esto es cierto, sobre todo, respecto á un príncipe nuevo, el cual difícilísima-*

(1) Amelot de la Houssaye, prefacio de la traducción de *El Príncipe*.

(2) *El Prínc.*, c. II.

mente evitará que se le tenga que reprochar de cruel, porque toda dominación nueva está llena de peligros». Hay más: la mayor parte de los ejemplos citados por Maquiavelo en sus obras *El Príncipe* y los *Discursos*, en general, son de príncipes nuevos, por ejemplo: Rómulo, Clearco de Heraclea, etc. Además, hallamos en *Discursos sobre Tito Livio*, consejos excelentes para los príncipes y un alegato admirable en favor de los grandes monarcas. «Que los príncipes se penetren, pues, de esta verdad: que comienzan á perder el trono en el instante mismo en que violan las leyes, en que se apartan de las antiguas instituciones y en que abulen las costumbres bajo las cuales han vivido los hombres largamente. Es más fácil hacerse amar de los buenos que de los malos, obedecer á las leyes que mandar. Los reyes que quíeran instruirse en la manera de gobernar bien, no tienen más que aprender el ejemplo de los grandes príncipes, tales como Timoleón de Corinto, Aratos de Scione y otros muchos, en cuyo ejemplo hallarán tanta seguridad para su tranquilidad y su dicha, como para la de los gobernados por ellos... Los pueblos, cuando están bien gobernados no desean otra libertad» (1). Parece, según estos difentes pasajes, que la doctrina de *El Príncipe* no es absoluta y que se dirige exclusivamente á los príncipes nuevos.

Pero tal doctrina, aun reducida á un solo caso, no sería justificable, porque no hay razón para que la injusticia sea permitida á un príncipe nuevo más que á uno hereditario. Pero según nuestra opinión, el maquiavelismo tiene muy otra importancia: se dirige á todos los príncipes y á todas las formas de gobierno. Sin duda, Maquiavelo no llegaría nunca hasta decir que se deban emplear siempre los medios malos y nunca los buenos, que sea necesario cultivar el crimen por el crimen. Entonces su doctrina no sólo sería injusta, sino perversa. Dice, solamente, que es preciso em-

(1) *Disc. sobre T. L.*, l. III, c. xv.

plear los medios injustos cuando ello sea útil, pues que éstos son, evidentemente, más eficaces y necesarios para los príncipes nuevos que para los hereditarios. «El príncipe natural, dice á este respecto Maquiavelo, *teniendo menos ocasiones y menos necesidad* de vejar á sus súbditos, debe ser más amado». Es decir, que no teniendo la ocasión ni la necesidad, no oprimen á sus súbditos; pero suponed que se presentase la ocasión y la necesidad, y entonces los príncipes hereditarios deberán proceder como los nuevos; porque Maquiavelo no distingue de los procedimientos que han de seguir unos y otros, sino de las ocasiones. Luego el carácter general de la doctrina no queda desmentido por la aparente contradicción indicada, sino que, por el contrario, se confirma.

Diremos más: cualquiera que sea la extensión de verdad que haya en la afirmación de que el libro *El Príncipe* sólo se encamina á la educación y dirección de los príncipes nuevos, los principios que allí establece el autor traspasan los límites de los casos particulares de donde se deducen, por la entonación general con que están expuestos. En el capítulo XV, el autor opone su política á las políticas quiméricas que se refieran á Estados que no han existido nunca. Resulta de esto que reconoce dos especies de política: una ideal é inaplicable, otra real y práctica, que es aquella expuesta por él. Si hubiera querido circunscribir sus principios á un caso particular, lo hubiera dicho expresamente; hubiera reservado las excepciones que demanda á la moral para este caso único y no se hubiera expresado de este modo general: «Hay tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debiera vivir, que aquél que tiene por real y verdadero lo que, sin duda, debiera ser, pero que no lo es desgraciadamente, corre á una ruina inevitable». Esta máxima, en la cual se halla enteramente reflejado Maquiavelo, contiene evidentemente una doctrina mucho más general que aquella que algunos le suponen, doctrina que se dirige á todos los casos posibles de la política. El consejo de

unir la astucia á la fuerza, de hacer á la vez papel de zorra y león, y de faltar cuando sea necesario á los compromisos contraídos, no está limitado, por el autor, sólo á el príncipe de un principado nuevo. Se puede ver, además, por los ejemplos citados por Maquiavelo, que no se propuso limitar á este punto su doctrina. En efecto, Alejandro VI era un príncipe electivo y no nuevo; Fernando de Aragón era un príncipe hereditario; Luis XII, á quien le reprocha no haber sabido faltar á su palabra, era igualmente hereditario. En fin, en *Discursos sobre Tito Livio* aplaude á los romanos su mala fe. Su doctrina de fraude y la infidelidad en las promesas es, pues, general.

Respecto á los medios extremos y violentos, reconozco que los aconseja especialmente á los príncipes nuevos y no á los hereditarios; pero no se habrá de suponer por esto que prohíbe su uso á las repúblicas, lo cual nos conduce á un punto de vista nuevo no marcado hasta ahora, y es que las doctrinas de Maquiavelo encierran las teorías todas del terrorismo revolucionario.

Es un principio general sin excepción, según el secretario florentino, que todo nuevo gobierno, monarquía ó república, no se puede establecer sino por el terror, lo cual explica de este modo conciso y enérgico: «Quien se eleva á la tiranía y no hace perecer á Bruto, quien restablece la libertad y, como Bruto, no inmola á sus propios hijos, no se sostiene sino por muy poco tiempo» (1). Critica vivamente á Soderini, que, encargado del gobierno de la república de Florencia después de la expulsión de los Médicis, había procedido con moderación respecto al partido vencido y creyó vencer á fuerza de bondad y paciencia la obstinación de los nuevos hijos de Bruto. «Estos escrúpulos, dice, eran los propios de un hombre de bien..... pero fué engañado por su propia opinión; no comprendió que la maldad no se deja amansar por el tiempo, ni desarmar

(1) *Disc. sobre T. L.*, l. III, c. III.

mediante los beneficios, y, por no haber sabido imitar á Bruto, perdió su patria, al Estado y su gloria» (1). Ni que sea el pueblo, ni que sea el monarca á quien ello importe, es necesario marcar siempre y confirmar su éxito por «*un golpe terrible dado contra los enemigos del nuevo gobierno*» (2). Tal severidad es, sobre todo, necesaria en la instauración de los gobiernos liberales que, en general, se atraen muchos enemigos y pocos partidarios». Para hacer frente á esta desventaja no hay remedio que sea más poderoso, más vigoroso, más sano y más necesario que éste: la muerte de los hijos de Bruto» (3).

Examinemos lo que Maquiavelo entiende por los hijos de Bruto. Según él, no hay libertad sin igualdad, y ¿quiénes son los enemigos de la igualdad? Los magnates. He aquí como los define: «*Llamo así á todos aquéllos que viven sin hacer nada, del producto de sus posesiones, que no se invierten ni en la agricultura ni en ningún otro oficio ó profesión. Tales hombres son peligrosos en todas las repúblicas y en todos los Estados. Son más peligrosos aún aquéllos que, además de posesiones en tierras, poseen castillos ó mandan subordinados que les obedecen. El reino de Nápoles, el territorio de Roma, la Romaña y la Lombardia hormiguean de esta especie de hombres. Por eso nunca se ha formado un Estado libre en estas provincias pobladas de estos enemigos naturales de toda sociedad política. Por el contrario, los pueblos de La Toscana tienen formada una constitución, y leyes que mantienen su libertad, y esto es hijo de que en este país hay pocos magnates y ninguno posee castillos*» (4).

De este principio: que la libertad es imposible sin la

(1) *Disc. sobre T. L.*, l. III, c. III.

(2) *Idem, id.* È necessaria una essecusione memorabile contra inimici delle conditione presenti.

(3) *Idem*, l. I, c. XVI.

(4) *Idem*, l. I.

igualdad, Maquiavelo deduce: «que quien quiera establecer una república en un país donde haya muchos de aquellos magnates, no podrá conseguirlo sin *destruirlos á todos* (1). Esta no es una idea casual en Maquiavelo: la misma se repite en otras obras. En su discurso sobre la reforma del gobierno de Florencia, dirigido al papa León X, dice: «Para fundar una república en Milán, donde reina una gran desigualdad de ciudadanos *será necesario destruir toda la nobleza* y poner aquélla bajo el nivel de la igualdad». En fin, cita el ejemplo de las repúblicas alemanas que han debido la conservación de su probidad y de su libertad al odio manifiesto que tienen á toda la nobleza. «*Si por casualidad, dice Maquiavelo, algún señor cae entre sus manos le hacen perecer sin piedad* como culpable de corromper y perturbar el Estado» (2).

La desigualdad engendra la corrupción, y la corrupción es la ruina de la libertad. ¿Qué hay que hacer para mantener la libertad en un Estado corrompido? He aquí una empresa extremadamente difícil, si no es enteramente imposible. La solución que da Maquiavelo es la dictadura revolucionaria (3). «Los medios ordinarios no bastan, más bien perjudican en estas circunstancias. Hay que recurrir á vías extraordinarias: á la violencia y á las armas; es necesario, ante todo, hacerse jefe absoluto del Estado y poder así disponer como convenga». Pero á la par que aconsejando este procedimiento extremo, Maquiavelo, con una penetración admirable, hace ver los peligros que encierra. «Pero el proyecto de reformar un Estado en su organización política, supone un ciudadano generoso y probo, así como hacerse de por fuerza soberano en una república supone, por el contrario, ser un hombre ambicioso y malo. Por consecuencia, se hallará bien raramente un hombre que quiera para rea-

(1) *Disc. sobre T. L.* Se prima non gli spegne tutti.

(2) *Idem*, l. I, c. LV.

(3) *Idem*, l. I, c. XVIII.

lizar un fin honrado, seguir caminos vituperables, ó un malvado que se preste en seguida á hacer el bien, haciendo buen uso de una autoridad injustamente adquirida».

Acabamos de resumir en dos ó tres páginas el Código revolucionario: establecer el terror, destruir á los nobles, deshacerse de todos sus enemigos, y, en ciertos casos, usurpar el poder supremo para preparar la libertad por la igualdad. Tales son las teorías de Maquiavelo. Se ve que no cambia de principios, ora sea que aconseje á los tiranos, ora que aconseje á los pueblos. Y no es solamente á los usurpadores, sino también á los republicanos á quienes aconseja el uso de los medios violentos y crueles. Es verdad que estos medios tienen un fin diferente: allí el poder de un hombre, aquí la libertad de un pueblo; pero desde el punto de vista moral son ambos fines de la misma especie. Tenemos los franceses, en nuestra historia nacional, dos grandes crímenes que son una fiel y rigurosa aplicación de las doctrinas de Maquiavelo, uno monárquico, popular el otro: la Saint-Bertelemi y las matanzas de Septiembre. Maquiavelo hubiera aprobado el uno y el otro episodio. Ambos están conformes con estos principios suyos: «Es preciso espantar por un golpe terrible á los enemigos del orden que pretenden establecerse. Es necesario ejercer la crueldad de una vez... No se puede establecer una república sin destruir á los nobles... La grandeza del crimen encubre su infamia».

De aquí resulta una consecuencia evidente, á saber: que el terrorismo no es más que una forma del maquiavelismo. El maquiavelismo no es solamente la política tortuosa y emponzoñada de las monarquías corrompidas, es, también, la política violenta de las repúblicas sanguinarias. Los que justifican ó excusan los crímenes de la tiranía, deben aprender que con esto favorecen la causa de los crímenes populares; y aquéllos que tienen en el fondo de su corazón una debilidad, que ni rechazan ni confiesan, por los crímenes de los pueblos, deben tener presente que en la justificación de estos crímenes razonan como los tiranos. Los que améis la

libertad no pongáis atención á estas falsas máximas, á saber: que no se puede aquélla establecer sino por el terror; que es necesario para la emancipación del hombre que la era de la fraternidad y de la redención humanas sea inaugurada por un bautizo de sangre. Pensad que tales máximas proceden del siglo xv, el más pérfido de todos los siglos; que vienen de la patria de los tiranos, y que tienen por autor al adulator de los Médicis, al amigo y admirador de César Borgia y de su padre, Alejandro VI.

Siguiéndose en todas sus consecuencias y aplicaciones los principios de la moral maquiavélica, hemos avanzado ya mucho en la política propiamente dicha. Pero hay que elevarse más en el estudio de sus grandes principios.

No es, ciertamente, en la política abstracta y especulativa donde mejor se manifiesta la superioridad de Maquiavelo. Ha penetrado poco en esta clase de problemas y se conforma con tomar á Polibio sus principales ideas referentes á este objeto. Lo que dice del origen de las sociedades y de los gobiernos, de sus formas, de sus inconvenientes, del orden en que se suceden, fué tomado y casi traducido, de aquel autor. Pero, en general, estas consideraciones abstractas ocupan poco lugar en los libros de Maquiavelo y parecen convenir mal á la naturaleza de su talento.

En cambio, sobresale en los problemas de política práctica, que revelan bien la experiencia del hombre de Estado. Son estos estudios modelos admirables de psicología política. Conoce las pasiones de príncipes y pueblos, como hombre que ha servido á una república y ha negociado con monarcas. La historia de Roma le dió ocasión de recoger sus propias opiniones sobre el porvenir y de fijar la conducta que haya de observarse en las diversas situaciones que se puedan presentar en la marcha de los Estados; y pone en sus consideraciones una tenacidad, una finura y una fuerza, que no han sido superadas. No será de asombrar, pues, que los políticos del siglo xvi le tuvieran en gran estimación, y que algunos, aun de los más grandes, llevaran siempre con-

sigo las obras del florentino. En él encontraban lo que sobre todo querían hallar, no la discusión de principios, sino máximas de política práctica; reflexiones sobre los hechos, y respuestas para todas las dificultades surgidas en el gobierno de sus respectivos Estados. El capítulo de las conspiraciones en los *Discursos sobre Tito Livio*, tenía más interés á sus ojos que las grandes y filosóficas meditaciones de *La República*, de Platón, sobre las revoluciones del Estado. Y hasta cuando Maquiavelo se ocupa en las altas cuestiones de la ciencia, las trata sobre los hechos mismos, citando ejemplos y experiencias más claras á los ojos de las gentes que los argumentos de los teorizantes.

Maquiavelo, en sus consideraciones sobre los gobiernos establece, de acuerdo con Polibio y Aristóteles, la ventaja de los gobiernos ponderados sobre los gobiernos simples, y cita los ejemplos de Esparta y Roma (1). Pero es dudoso que tal teoría haya sido en Maquiavelo otra cosa que una reminiscencia de Polibio y los antiguos. En efecto, en otros pasajes parece que se pronuncia abiertamente contra este género de gobierno; véase: «Digo que no se puede asegurar la constitución del Estado sino estableciendo una *verdadera* república ó una *verdadera* monarquía, y que todos los gobiernos intermediarios son defectuosos. La razón es evidente; tales gobiernos sólo son un medio de destrucción así para las repúblicas como para las monarquías; para las primeras es ir hacia las monarquías, para las segundas descender hacia las repúblicas y de aquí nacen todas las revoluciones á que aquellas formas de gobierno son propensas» (2). En general, Maquiavelo no conoció, practicó ni describió, más que dos formas de gobierno: la república y la tiranía. La Italia no ofrecía otras tampoco en aquel tiempo. Se hallaba entonces en el mismo estado de la antigua Grecia: dividida en ciudades hostiles entre sí. ya para

(1) *Disc. sobre T. L.*, l. I. c. II.

(2) *Disc. sobre la refor. de la constit. de Florencia.*

provecho de los tiranos, ya para el de los demagogos. Si se considera el campo donde Maquiavelo aprendió la política, admira que haya podido recoger tantas observaciones y que haya podido ir tan lejos en su estudio; pero se explicará uno al mismo tiempo que sea aún demasiado estrecha y de difícil aplicación en situaciones más complicadas que las que ofrecían los Estados italianos. Cualquiera que sean los errores en que haya incurrido Maquiavelo, y nosotros no los atenuamos, tiene un mérito que hay que reconocerle: una gran predilección y hasta una verdadera pasión por la libertad. De esto se puede muy bien deducir un cargo contra él ¡pues que amando y conociendo la libertad escribió, sin embargo, *El Príncipe!* Pero si se descarta este contraste, no se puede por menos que reconocer que los *Discursos* son un eco fiel de las máximas enérgicas de la antigüedad. No es allí ya un observador frío y corrompido el que habla, sino un ciudadano, un tribuno del pueblo. Bajo el imperio de esta pasión Maquiavelo se eleva en su lenguaje y se ve en él al hombre que escribió á un amigo suyo estas palabras: «La noche vino; entré en mi gabinete... depuse los hábitos de villa y de corte y me dejé ir por los antiguos rumbos de los hombres del pasado; éstos me acogen gratamente, me alimento de sus manjares, que á mi espíritu convienen, y para los cuales solamente fui nacido. No rehusó ni un instante entretenerme con ellos y de interrogarles sobre los motivos de sus acciones. Ellos son lo bastante buenos para responderme; y durante cuatro horas no siento ningún cansancio, olvido todas mis penas y no temo ni la pobreza ni la muerte» (1).

Maquiavelo no es, en política, especulativo. Tampoco

(1) Es de lamentar que estas hermosas palabras sean extractadas de la carta misma en que confiesa que ha compuesto *El Príncipe* para complacer á los Médicis y obtener de ellos un empleo. Acaso, como escribía á Vettori, embajador de los Médicis en Roma, no quisiera hablar sino de un libro que sabía que ha-

defiende la libertad política con razones abstractas y filosóficas, sino con razones extraídas de la experiencia. Ésta demuestra, según él, que un Estado no aumenta sus riquezas y su poder sino bajo un gobierno libre; que el bien general no se quiere sino en los gobiernos populares; que la libertad para los matrimonios aumenta la población y que la seguridad de los bienes y las personas hacen las uniones matrimoniales. «Cada ciudadano emprende el crear ó adquirir algún bien cuya tranquila posesión le está asegurada; y todos, estimulados los unos por los otros, trabajan para el bien común, por lo mismo que se cuidan de su particular mejoramiento... Lo contrario es lo que sucede bajo el gobierno de un príncipe. Lo más frecuente aquí es que el interés particular del monarca se halle en oposición con el interés del Estado. Un pueblo libre también puede llegar á ser avasallado y, en este caso, lo mejor que puede sucederle es que se le estanque en su progreso y que no aumente su riqueza ni su poder; pero lo más frecuente será que marche, decayendo, hacia su ruina» (1).

Maquiavelo insiste en la comparación de los gobiernos populares con los absolutos, y señala ventajas por parte de aquéllos; pero siempre tiene cierto prejuicio favorable á los segundos. «Todo el mundo puede con libertad hablar mal del pueblo, aun allí donde impera con mayor soberanía, pero del príncipe se habla siempre con mil respetos y con mil temores» (2). Maquiavelo muestra su gran admiración por la clarividencia del buen sentido del pueblo y dice: «No sin razón se ha llamado á la voz del pueblo voz del cielo. Se ve al pueblo pronosticar los acontecimientos, de tan maravillosa manera, que se diría que está dotado de la

bria de agradarle y permaneció callado respecto á *Discursos sobre Tito Livio*, en donde tal vez depositara, queremos creerlo así, sus mejores y más sinceros sentimientos.

(1) *Discurso sobre T. L. l. II. c. II.*

(2) *Idem l. I, c. LIII.*

misteriosa facultad de prever el bien y el mal» (1). Es verdad, y así lo reconoce el florentino, que el pueblo, engañado por falsas apariencias, se atrae con frecuencia su propia ruina (2). Que aquello que más conduce á error á los pueblos son las falsas apariencias de grandeza y magnanimidad que presentan las empresas. Aman lo que es atrevido y de un interés presente. Pero en general, se equivoca poco, y seguramente menos que un príncipe dominado por sus pasiones y halagado por sus favoritos. Si se les compara en la elección de magistrados, se verá que el pueblo jamás se equivoca, ó siempre se equivocará infinitamente menos que un corto número de hombres ó uno sólo. El ejemplo de Roma es admirable: durante muchos siglos, entre tanta elección habida de tribunos y de cónsules, no hubo quizá cuatro elecciones de las que tuviera el pueblo que arrepentirse (3). Maquiavelo se previene contra la objeción que se le puede hacer respecto á las repúblicas corrompidas, y dice que no hay que comparar las repúblicas corrompidas sino con los príncipes corrompidos, así como los príncipes rectos, con las repúblicas rectas. En suma, los gobiernos populares y las monarquías han tenido necesidad, para lograr larga duración, de vivir unos y otras, muy sujetos á las leyes. Un príncipe que no tenga más regla que su propia voluntad, es un insensato. Un pueblo que pueda hacer cuanto le plazca, no es prudente. Pero si comparais á un príncipe y á un pueblo atentos á las leyes y encadenados por ellas, siempre hallaréis más virtudes en el pueblo que en el príncipe. Si comparais á un príncipe y á un pueblo libres del dique de las leyes, siempre hallareis menos errores en el pueblo que en el príncipe, y las equivocaciones de aquél serán menos grandes y más fáciles de remediar (4).

(1) *Discurso sobre T. L.*, l. I, c. LVII.

(2) *Idem* l. I, c. LVIII.

(3) *Idem, id.*

(4) *Idem* l. I, c. LVIII.

Aún se pueden comparar repúblicas y príncipes desde el punto de vista de la ingratitud (1). Hay dos causas de ingratitud, dice Maquiavelo: la avaricia y el miedo. El primer motivo es deshonroso, porque negarle algún beneficio, por no sufrir uno ningún quebranto, á quien lo ha merecido y os ha servido, es una falta que no tiene excusa, y, sin embargo, es muy común entre los príncipes, y mucho menos entre los pueblos. El miedo es un motivo muy excusable de ingratitud. Cuando un personaje se ha elevado en el Estado por consecuencia de grandes servicios, el príncipe debe temer que le dispute el imperio, y el pueblo, que limite la libertad. De aquí una causa de ingratitud tan frecuente entre los príncipes como entre los pueblos y de la cual ofrecen ejemplos así las monarquías como las repúblicas. No obstante, si considerais la república romana, veréis cuán poco ingrata era. Lo fué con Scipión, pero basada en el juicio del gran Catón, que manifestó que una república se ufana vanamente de ser libre cuando hay en ella un ciudadano al cual los magistrados le temen.

Respecto á la fidelidad en las alianzas, es mejor observada por las repúblicas que por las monarquías (2). El más pequeño interés decide á los príncipes á faltar á los tratados. En general, una república, cuyos movimientos son más lentos, se resuelve más difícilmente á faltar, necesita poderosas razones para ello, y aun siendo así, no siempre la resuelven, como lo prueba el ejemplo de Temístocles en la asamblea de Atenas.

Maquiavelo reconoce aún dos ventajas á las repúblicas sobre las monarquías. La primera es la de proporcionar, mediante la elección, una sucesión de buenos magistrados, mientras que en las monarquías hereditarias, uno ó dos príncipes ineptos ó malvados bastan para destruirlo todo. «Si son insuficientes, dice, dos hombres de talento y de

(1) *Discurso sobre T. L.*, l. I, c. XIX y XXX.

(2) *Idem* l. I, c. XX.

valor para conquistar el mundo, como lo prueba el ejemplo de Filipo y Alejandro ¿qué no puede hacer una república que por medio de la elección puede darse, no dos hombres de genio que la rijan, sino una sucesión interminable de hombres así? Pues toda república bien constituida debe producir una sucesión semejante» (1). La segunda ventaja de las repúblicas sobre las monarquías, es la facilidad de plegarse á los cambios habidos en las corrientes de los tiempos, gracias á la variedad y á la diferencia de genios de sus ciudadanos (2). Un individuo cambia difícilmente de sistema de conducta: primeramente, porque se deja llevar por las inclinaciones de su carácter y después, porque habiendo medrado por un determinado medio, cree que siempre medrará por el mismo. Pero ¡ay! es necesario cambiar de método con los tiempos, y esta ventaja la tienen las repúblicas.

La consecuencia política de estas comparaciones es: que los príncipes sirven mejor para fundar y las repúblicas para conservar y agrandar (3). Para fundar hay que estar solos; la unidad de poder es insuperable para establecer una constitución y leyes fundamentales. Pero la libertad es necesaria para conservar y agrandar. Un príncipe puede destruir lo que otro príncipe ha fundado; más para que una república deje perecer la constitución que se ha dado á sí misma, es necesario un concurso de voluntades acordes, difícilísimo de conseguir. Además la libertad da á los pueblos el entusiasmo, el valor, el amor á la patria. De aquí las maravillas que realizaron las repúblicas de la antigüedad, una vez que se desembarazaron de la tiranía.

Hay mucha verdad, sin duda, en este discurso; pero, sin embargo, se le pueden oponer algunas objeciones. El método en él no es riguroso: hay en él ejemplos opues-

(1) *Discurso sobre T. L.*, l. I. c. LIX.

(2) *Idem*, l. III, c. IX.

(3) L. I, c. IX y LVIII.

tos á ejemplos, y generalidades opuestas á generalidades. Cuando, verbi y gracia, Maquiavelo afirma que los pueblos son más persistentes en sus ideas que las monarquías, se le puede preguntar si no hay en éstas tantas y algunas veces más, tradiciones que en las repúblicas. La monarquía francesa, por citar una bien conocida de Maquiavelo, y de la cual sabe él apreciar la política, ha mostrado, durante siglos, una tenacidad de ideas comparable á la del senado romano. Además es muy difícil de contar y señalar el número de faltas cometidas por las diferentes formas de gobierno. Falta, pues, una cosa á las demostraciones de Maquiavelo, y es la superioridad moral de los gobernantes libres sobre aquéllos que no lo son. Y en igualdad de méritos, aquéllos procederán mejor que éstos, solamente porque son libres. Esto no quiere decir que no haya gobernantes absolutos preferibles á los libres, como cuando aquéllos sean rectos y sensatos y éstos no. Ni tampoco es decir que la forma republicana sea esencial á la libertad, y que la monarquía lo sea al despotismo, porque hay repúblicas tiránicas, como la de Venecia y la francesa del 93, y hay monarquías liberales como la de Inglaterra. En fin, si se quiere tratar á fondo la cuestión provocada por Maquiavelo, hay que entablar muchas discusiones y atender á muchos enunciados que ni ha conocido aquél, porque su experiencia era reducida, y hay que elevarse á los principios, que faltan en las obras del político en cuestión.

Cualquiera que sea lo que sobre esta discusión se opine, el punto esencial para nosotros es que Maquiavelo está de parte de la libertad y del pueblo y contra el despotismo y los príncipes. Es antes parcial que indiferente. Procura probar que la libertad es buena, que la forma popular es mejor que la monárquica. No es solamente un observador que comprueba, un empírico que formula preceptos, es un republicano, un hombre que tiene una gran preferencia, una justa pasión por la república. Esto marca una esencial diferencia entre los *Discursos sobre Tito Livio* y *El Prínci-*

pe y, sobre este punto, tiene razón Rousseau en lo que afirma. En efecto, en *El Príncipe* dice cómo se ha de proceder para ser un tirano, pero no que se deba ser tiranos; no tiene una palabra de elogio para la tiranía. Da la lección sin amar su contenido, sin aprobarle ni condenarle. Admira el arte de un gran tirano: César Borgia, y le presenta como un modelo á los que quieran imitarle, pero nada más. En *Discursos sobre Tito Livio* defiende una buena causa, aquélla de los pueblos buenos; en *El Príncipe* adoctrina á los malos monarcas. Yo le creo sincero en una y otra actitud. En la segunda, sin que él admire sinceramente á un tirano hábil, cree de todo corazón en los medios que enseña para imitarle. En los *Discursos* se muestra apasionado y en *El Príncipe* indiferente. Diferencia importante que explica el error de Rousseau y que nos hace dar un paso más en la apreciación de Maquiavelo.

He aquí el lugar de volver á ocuparnos de *El Príncipe* para examinar su doctrina política, pues sólo hemos examinado antes la moral. Si no se consulta más que el título del libro, se podrá creer que es una obra sobre la monarquía, pero desde los primeros capítulos se ve que el autor suprime allí una parte considerable y tal vez la más importante del objeto: la monarquía hereditaria. No trata de buscar los principios y las reglas de gobierno en las grandes monarquías, como la de Francia ó la de España. El único problema tratado en tal obra es: cómo establecerse y mantenerse en el poder un principado nuevo. Cuestión importantísima para la Italia del siglo xv, donde sólo había casi nada más que dos clases de Estados: 1.º, Estados sometidos á príncipes nuevos, que se constituían con frecuencia suma, sucumbían y renacían, tales como los Médicis, los Sforza, los Borgia y otros menos renombrados, porque las mismas transformaciones y revueltas tuvieron lugar aun en las ciudades más pequeñas; 2.º, provincias conquistadas, perdidas, reconquistadas, disputadas entre soberanos extranjeros y del país, tales como el Milanesado y el reino de

Nápoles. De aquí dos problemas; 1.º, cómo conservar las provincias conquistadas y añadirlas á un Estado antiguo; 2.º, cómo establecerse y sostenerse en una soberanía totalmente nueva. Maquiavelo trata estos dos problemas, pero especialmente el último.

Nada testifica mejor de los cambios de ideas y de política realizados en la Italia de los siglos XIII al XV, como la oposición que existe entre *El Príncipe* de Maquiavelo y *Monarquía* del Dante, obras compuestas las dos por italianos, florentinos, y sobre un mismo asunto. No aludimos á la diferencia de métodos, silogístico en la obra del Dante, experimental en la de Maquiavelo; apoyada la primera en la autoridad de Aristóteles y la segunda en la historia y los ejemplos contemporáneos. La diferencia á que hemos aludido es la del fondo de una y otra obra, que por cierto es inmensa. Dante defiende la causa de una monarquía universal eterna, de derecho divino, que pretende que está perpetuada sin interrupción en los emperadores romanos y los alemanes. Y esta monarquía del imperio la opone á la de la Iglesia, reclamando para la primera el poder temporal y dejando para la segunda sólo el espiritual. Mas ya en el tiempo de Maquiavelo ha cambiado la faz de Italia y Europa. En lugar de aquel gran reflejo del imperio romano hay en ésta tres ó cuatro grandes monarquías é Italia está dividida en una multitud de pequeños Estados, más ó menos frágiles, presas de continuas revueltas, de conquistas y usurpaciones, y entre cuyos príncipes soberanos se halla el papa, que, desistiendo de las antiguas aspiraciones del pontificado á la soberanía universal, ya no aspira sino á sumar á su pequeña nación algún otro pedazo de territorio, y lucha por la preponderancia, con las repúblicas de Venecia, de Florencia y el ducado de Milán. No hay en *El Príncipe* ni una alusión á aquellas aspiraciones de monarquía universal, ni á aquellas luchas, su consecuencia, entre la Iglesia y el Estado, que constituyeron el problema de la Edad Media, reemplazado ahora por este otro problema: cómo

debe proceder un príncipe para apoderarse por usurpación de la soberanía de un Estado y conservarla.

Aunque este problema parece inspirado á Maquiavelo sobre todo por la historia de su tiempo, encierra una cuestión más general: la del origen de los gobiernos de los príncipes. Una monarquía de aquel origen ¿es legítima? Es esta una cuestión que Maquiavelo no examina. Él no busca cuáles sean los medios justos y buenos de elevarse al poder y de mantenerse en él, sino solamente cuáles sean los mejores para conseguirlo y las probabilidades de cada uno.

Los políticos antiguos distinguían dos orígenes del poder real: la violencia y el consentimiento del pueblo. Daban el nombre de tirano al que obtenía la monarquía por la violencia y reservaban el de rey para los que la obtenían por el sufragio de los ciudadanos y se trasmitía por la herencia. Maquiavelo reconoce bien estos orígenes, pero no acoge las mismas ideas. Distingue dos maneras de llegar á la soberanía: los talentos y el valor; la fortuna y la ayuda de otros (1). Como ejemplos del primer caso cita los grandes fundadores de imperios: Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo. Como ejemplo del segundo caso cita particularmente á César Borgia, y aquí es donde se complace en la apología de este príncipe, ofrecido como modelo á todos los príncipes, «que por la fortuna ó las armas de otro hayan llegado á la soberanía». Discute las ventajas, pero no los derechos de esta clase de elevaciones. En el primer caso es verdad que no cita sino grandes hombres y fundadores de imperios; pero reserva todos los aplausos á la habilidad y al valor y no menciona grandes cosas que hicieron: librar á los hebreos del yugo egipcio y conducirlos al través de mil peligros hasta la tierra de promisión, libertar á los persas de la servidumbre y fundar un gran imperio, reunir en una sola ciudad una multitud de burgos que se hallaban esparcidos y

(1) *El Príncipe*, c. VI y VII.

darles instituciones y leyes; subyugar un pueblo de bandidos y fundar uno de conquistadores: realizar tan grandes empresas como respectivamente hicieron Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo, es cosa superior á los príncipes ordinarios y que legitiman toda soberanía para los héroes que las realizaron, de una parte, por la voluntad de los súbditos, de otra, por la grandeza de los resultados. Para Maquiavelo no hay otra cosa que el arte de conquistar la soberanía y de conservarla; admira á estos grandes hombres como admiraría á usurpadores hábiles.

Maquiavelo hace una segunda distinción. Otros dos medios de elevarse á la soberanía: el crimen y el consentimiento de los ciudadanos (1). ¿No era este el caso á propósito para distinguir el poder legítimo del que no lo es y establecer algunos grados de justicia en el origen del gobierno? Veamos cómo se expresa sobre estas dos maneras de elevarse: «Quiero citar, dice, dos ejemplos del primer medio, uno antiguo, moderno el otro. *Sin entrar en el examen de si son justos ó injustos*, pienso que bastarán, si les siguen, á quienes *decidan* elevarse, si les obligan las circunstancias». De modo que nunca es la cuestión de derecho la que legitima un poder, sino únicamente los medios de elevarse, el éxito.

Cuanto al segundo medio, es decir, el consentimiento de los súbditos, he aquí como se expresa: «Puede uno llegar á ser príncipe de su país por el consentimiento de sus conciudadanos y sin emplear la violencia ni la traición. Esto es lo que yo llamaría principado civil. No es necesario para llegar á él ni un mérito raro, ni una extraordinaria bondad; basta tener una feliz astucia» (2). Maquiavelo, no solamente no hace resaltar la legitimidad de esta manera de elevación por el consentimiento popular, sino que la corrompe y altera refiriéndola á la astucia. Esto no es en-

(1) *El Príncipe*, c. VIII.

(2) *Idem*, c. IX.

tonces sino un modo de usurpación como los otros, más cómodo, menos cruel, pero vituperable. Lo que hay es que un honrado y sabio ciudadano puede ser llamado por su pueblo para que le dé sabias leyes como Solón y Timoleón ó un triano hábil que avasalla á sus conciudadanos con habilidad, lejos de oprimirles con dureza, como Pisistrato y Cronwell.

No se ha procurado explicar de una manera favorable á Maquiavelo, la teoría contenida en *El Príncipe*, diciendo que si quiso poner en las manos de un hombre todo el poder, fué porque viendo el estado de anarquía de su tiempo, creyó necesaria una gran centralización de poder para contrarrestarla y mantener la justicia civil y la igualdad. Renunció á la libertad porque no producía sino la discordia y demandaba al despotismo la seguridad del Estado. En una palabra, la teoría de Maquiavelo no era distinta de la que pusieron en práctica Felipe el Hermoso, Luis XI y Richelieu, y aunque estos grandes políticos no dejaran de incurrir en importantes responsabilidades, no se puede negar que han procedido con ventajas para el país y que le sirvieron con esplendor para su historia. Entendida de este modo la política del florentino, aunque muy reprehensible, sin duda, en cuanto á la moral, no se puede menos que reconocerle cierta grandeza.

Aunque sea esta explicación bastante especiosa y no carezca de verdad, la cremos demasiado complaciente: es atribuir á *El Príncipe* más extensión y profundidad de la que tiene. En *Discursos sobre Tito Livio* es donde verdaderamente se hallan expuestas algunas indicaciones de las doctrinas que aquí se le atribuyen al autor, pero en *El Príncipe* no hay ni rastro de tal cosa. En los *Discursos*, Maquiavelo justifica los crímenes políticos por el bien público; por ejemplo, cuando excusa la muerte de Remo, dice que esta muerte no debe servir de modelo á todo hombre para elevarse al poder, y que lo que cubre la falta de Rómulo, al ejecutarla, es la grandeza del resultado: la fundación de

un imperio. Si Cleómenes degüella á los éforos de Esparta, es para restablecer las leyes de Licurgo; es decir, para efectuar una gran reforma. Aun admite ampararse de una gran condensación de poder para las repúblicas con el fin de regenerar la libertad y la igualdad; en una palabra, la política de *Discursos* es inmoral, pero siempre tiene por fin el engrandecimiento del Estado.

En *El Príncipe*, el fin perseguido es el engrandecimiento del monarca. El problema único á resolver allí es el de saber cómo se conserva un poder usurpado. En el ejemplo de César Borgia, el autor sólo se propone hacer admirar los medios puestos por aquél en práctica para encadenar la fortuna á su conducta. La prueba que aduce es que la Romaña le fué fiel por un mes. Pues su fin supremo era asegurar la libertad de la Romaña. Cuando habla de Agatocles dice que se hizo perdonar de Dios y los hombres porque fué bien empleada su crueldad. ¿Y qué es una crueldad bien empleada? La que se ejerce solo por una vez; y aquí Maquiavelo no tiene una palabra ni para la justicia ni para el bien público. Es verdad que el secretario de los Médicis dice que César Borgia estableció una justicia perfecta bajo un hombre recomendable; pero no la considera como fin, sino como un medio político empleado por este príncipe. Además, el autor aconseja á los príncipes que no cometan la bajeza de apoyarse sobre el pueblo y no sobre los grandes. Estos medios, aunque mejores que los otros, no son sino *medios* siempre y nunca fin; y el único propósito que allí ve no es más que la conservación del poder á todo evento. Es mucha complacencia conceder que pueda ser otro, más ó menos disimulado.

«No viéndose en *El Príncipe*, desde donde quiera que se le mire, sino un libro de política liberal, hay que ver también una obra de fines patrióticos». ¡Tal es la última doctrina intentada en favor de las establecidas en aquella obra por Maquiavelo! El objeto principal de su pensamiento fué la emancipación de Italia. Veía á esta nación invadida por

todas partes por extranjeros y sucumbiendo por sus propias divisiones, y creyó que el único remedio era la unidad bajo la jefatura de un príncipe de familia poderosa. Maquiavelo cuenta con esto para salvar á su país, y sacrifica la libertad en interés de la patria.

Hay aquí todavía algo de verdad, pero exagerada. No se le puede negar á Maquiavelo el patriotismo, como no se le puede negar el amor á la libertad en la obra en cuestión y siempre. Son estas dos grandes pasiones sus excusas. Sin duda, la cuestión de la independendencia le ha preocupado. En la desgracia, por encima de todo, en las cartas dirigidas á su amigo Vettori, embajador de los Médicis en Roma, se ocupa de la manera de que se establezcan en Italia grandes ligas opuestas á la influencia creciente de los extranjeros. Uno de sus problemas favoritos, de aquéllos que ha tratado con más amor, es el de la formación de un ejército nacional. En un Tratado sobre el arte militar combate con todas sus energías las tropas mercenarias, por las cuales no se salva Italia y en cambio perece. Respecto á este punto es fiel á sí mismo, no le abandona, es todo un patriota. Este sentimiento es el que da tanta grandeza al último capítulo de *El Príncipe*. La invitación que hace á los Médicis para que salven á Italia brota de un alma convencida y capaz para los más elevados sentimientos. Eso es verdad, y nosotros no atenuamos el patriotismo de Maquiavelo; ¿pero esto es una recta interpretación de *El Príncipe*? Creemos que no.

Hay en *El Príncipe* algunos acentos de patriotismo, y es, al mismo tiempo, el manual de la tiranía. No hay, entre estas dos cosas, ningún lazo necesario. Confieso que Maquiavelo amó á su patria, pero no fué por esto el aconsejar á los príncipes de su tiempo que imitasen á César Borgia. Nada importa que el capítulo último sea una exhortación en favor de la patria italiana. Esto no es sino una peroración elocuente que no modifica el espíritu del libro. ¿Acaso indica Maquiavelo relación alguna entre los medios que ha

propuesto y el fin patriótico que se le atribuye? De ningún modo. Cuando explica el objeto de su libro, ¿dice algo de la unidad y la independencia de Italia? Nunca. Su único fin es el de señalar la manera de elevarse al poder supremo y en él mantenerse. Suponed que su propósito fuera el que se le supone, ¿aconsejaría entonces al príncipe nuevo la matanza de los enemigos de su poder y faltar á los tratados? Hay que reconocer entonces que esto es un patriotismo poco discreto y medios de emancipación poco eficaces. Es verdad que habla de una armada nacional, pero, en fin, este no es más que un punto particularísimo y no basta para cambiar el sentido de toda la obra.

Queda, pues, como último refugio á los partidarios de las doctrinas de Maquiavelo, la oposición que reina entre *Discursos sobre Tito Livio* y *El Príncipe*, en orden á los principios de una y otra obra. Liberales los de aquélla y favorables á la tiranía los de ésta. ¿Dicen aquéllos que un mismo hombre puede sostener á la vez el pro y el contra sobre una misma cuestión? Pues hay que reconocer que *El Príncipe* es una ficción pura. Pero un espíritu exigente y desconfiado respecto á los hombres, desconfianza de la cual Maquiavelo no tendría el derecho de protestar, preguntaría entonces si no habría la misma falta de sinceridad en *Discursos sobre Tito Livio* que la puesta en *El Príncipe*. Sin juzgar con severidad á Maquiavelo en este punto, en el cual aparece marcadamente injusto, ¿no se puede afirmar que no es más que un publicista empírico que sólo se interesa por estas cuestiones: modo de apoderarse del poder y de retenerlo una vez conseguido? ¿Cómo establecer la libertad? ¿Cómo mantenerla? ¿Cómo engrandecer un Estado? ¿Cómo defenderle? Tales son los problemas que le seducen y en cuya solución despliega una gran finura de entendimiento y una profundidad sin igual. Será muy injusto querer medir su genio por el análisis que de sus doctrinas hemos hecho. Porque sólo hemos podido, para llenar nuestro propósito, resumir sus ideas generales y he-

mos hecho caso omiso de las particulares, que son las más numerosas y en las que aquel autor desarrolla toda su fuerza. Por éstas satisface á todos los políticos; pues que entre ellas encuentran máximas para todos los casos. «Todo hombre conocedor del mundo, dice Maculay, en el artículo citado, sabe que no hay nada más inútil que una máxima general... Pero los preceptos de Maquiavelo son de muy otra categoría; y es hacer, por nuestra parte, el mejor elogio de ellos, decir que pueden ser de una utilidad incontrastable en muchas circunstancias de la vida real».

La originalidad filosófica de Maquiavelo consiste en haber introducido en la política lo que se podría llamar la lógica práctica. Es decir, el mismo método con que se juzga en la vida corriente á los hombres y á los acontecimientos. Este método, si se detiene en la superficie, es el buen sentido; si ahonda más, es la penetración; si va hasta las causas más ocultas, la profundidad; pero en general es un razonamiento rápido que va de lo que ve á lo que no ve, con la ayuda de la comparación y la analogía. Esto es una inducción, pero una inducción que se ignora, que no se somete á reglas ni acepta la lentitud de los métodos científicos; porque en la vida es necesario juzgar rápidamente, y hay que sacrificar la perfección á la prontitud. Hasta los tiempos de Maquiavelo, la política, como la moral, había sido tratada siempre por la lógica de las escuelas, lógica llena de dificultades, de inútiles trabas, de artificiales distinciones y á la cual falta el jugo y el nervio de la realidad. Maquiavelo hizo, respecto á la política, el mismo servicio que Dante respecto á la poesía: traducirla en lengua vulgar. Maquiavelo trató de la política real y sustituyó el estudio y análisis de los hechos á la discusión de los textos y á la argumentación *à priori*.

El método de Maquiavelo tenía las ventajas y los inconvenientes de esta lógica, que juzga más que razona, y adivina más que observa. Considera antes lo que es, que lo que debe de ser. Toma como regla los ejemplos, las prácticas

y no los dictados de la conciencia, y se cuida de elegir los medios que más pronto conduzcan al fin propuesto, y no de evaluar la moral de tal fin ni de tales medios. Esta es una de las causas de inmoralidad que hemos señalado en Maquiavelo. Hablaba y razonaba como el vulgo, aunque con más profundidad, pero no con más circunspección y pureza moral. Se comprende, además, que cuando el buen sentido práctico, cuando la lógica familiar tuviera fuerza para vencer y sobreponerse á la convencional, separa, como un yugo molesto, las ideas de la escuela: pues las ideas morales tuvieron siempre el privilegio de ser defendidas por la escuela, contra el común proceder y sentir de las gentes. Como son más claras aquellas ideas para los que viven retirados que para los que viven entre los hombres, como es más fácil comprenderlas que practicarlas, los sabios que se hacen patronos de ideas morales, las cubren de una especie de barniz pedantesco que las hace obscuras y repugnantes respecto á la inmensa mayoría de las personas. De aquí, pues, que la lógica del mundo, cuando se emancipa de las ideas de la escuela, también se liberta de las morales, artificiosas de la misma y las trata con desdén, lo mismo que el niño que no ha juzgado sino con la ayuda de su maestro, cuando empieza á sentir en sí mismo el poder de juzgar por sí sólo, arroja todo lo que ha aprendido, bueno y malo, y pone cierta fiereza en pisotear aun los principios que más respeto le han merecido.

Tuvo lugar, á lo que parece, un fenómeno así, en el siglo xv. Hasta entonces el espíritu humano desconoció toda otra manera de pensar que la lógica de las escuelas. Bien se ve, no obstante esta afirmación, que se habían efectuado grandes luchas, sin embargo, por el sostenimiento de principios opuestos, y que doctrinas atrevidas se abrían camino; pero siempre en sentido de sabias, de escuela y conducidas y formuladas por los que sabían manejar el instrumento dialéctico consagrado por aquélla. Mas cuando la mente humana sintió que podía caminar sola, cuando el ejemplo de

los grandes escritores de la antigüedad reapareció y esparció una manera más amplia y más libre para el funcionamiento de las facultades de conocer y juzgar, la política escolástica fué derrocada, las cuestiones generales quebrantadas y divididas en una infinidad de cuestiones particulares; el fin desapareció bajo los medios empleados, y el derecho bajo el hecho; la religión y la moral se anegaron en un naufragio común, y la lógica laica y vulgar, victoriosa de la oficial y eclesiástica, inaugura su entrada en la filosofía política, por el maquiavelismo.

Huelga decir que esta revolución tuvo lugar en la ciencia porque antes se había efectuado en los hechos. La habilidad en los soberanos, la discreción ó el artificio, en una palabra, el arte de atraer y dirigir hábil y mañosamente los acontecimientos, había destituido de la vida política la franco-violencia predominante en ella durante la Edad Media; á la generosidad que acompañó comúnmente á dicha violencia y á la ingenua piedad que la corrigió, los príncipes del siglo xv opusieron una prudencia poco escrupulosa que sustituía con la astucia á la fuerza. Es el espíritu peculiar de los pueblos de que son héroes genuinos Luis XI, Fernando de Aragón y Gonzalo de Córdoba. Era, sin duda, una aplicación poco noble de la inteligencia; pero al fin, era un testimonio del imperio nuevo y creciente del espíritu en las esferas de la política. Maquiavelo fué el eco de los príncipes, el intérprete de esta revolución.

Aunque el método de Maquiavelo sea el de observación y experiencia, se puede afirmar que no le aplicó de un modo rigurosamente científico. Si bien hay que considerar que el espíritu de este florentino es tal, que habrá pocos que le igualen ni superen; que es un genio completo, lleno de finura y de firmeza y de admirable penetración. Su método es harto imperfecto: no clasifica los problemas, no los subordina unos á otros, vacila con frecuencia en la solución; no agrupa bastante los hechos, no reflexiona bastante; con frecuencia son de orden diferente y no prueban uná

misma cosa; en fin, le falta casi por completo el necesario encadenamiento. Pero hay en sus obras partes admirablemente tratadas. Citaré, por ejemplo, su capítulo sobre las conspiraciones, en que la materia está estudiada á fondo y con perfecto conocimiento de causa. Es una obra maestra, limpia, vigorosa, de experiencia y reflexión.

En resumen, Maquiavelo ha fundado la ciencia política moderna introduciendo la libertad de examen, el espíritu histórico y crítico y el método de observación. Por ello merece el reconocimiento de la filosofía. Pero, por desgracia, la primera aplicación que ha hecho de su método ha sido sentando una doctrina detestable y mediocre que ha tenido una gran participación en las desgracias y los crímenes de la política del siglo xvi. Se puede arrojar sobre su tiempo el mal de esta doctrina, pero esto ni lo justifica ni lo excusa. La astucia y la violencia ya se hacen bastante por sí mismas lado en las relaciones humanas, sin que sea necesario que la ciencia venga á cubrirlas con su alta autoridad.
